

II. ACTUALIDAD

El dinero, reflexiones desde una perspectiva histórica¹

En principio, llamamos dinero al medio de pago que se presenta en forma de moneda y sirve para facilitar el intercambio entre mercancías pues, en cuanto tal, se concibe como medida de valor de cambio de esas mercancías o bienes. La presencia del dinero y su uso, primordialmente en esta forma, tuvo una relevancia histórica grande, pues supuso:

- romper con la economía de trueque o con pagos en especie.
- poder pasar de una economía basada fundamentalmente en la agricultura, a otra donde el comercio tenía ya suficiente importancia.
- obtener lo que no se tiene, es decir, aprovechar los excedentes para su intercambio y ampliar los espacios económicos.

¹ El texto que sigue corresponde, como su nombre indica, a unas reflexiones hechas en voz alta para introducir un debate sobre la naturaleza del dinero, objeto de la *43 Jornada* del Instituto Empresa y Humanismo, de la Universidad de Navarra, que tuvo lugar en la sede del BBVA, en Madrid, el 5 de marzo de 2014, donde hubo también otros tres ponentes. Se reproduce aquí el texto, arreglado en su redacción para su presentación escrita. Dada su naturaleza, no es un texto acabado, ni parece necesario adornarlo con citas bibliográficas, ya que se trata de ideas más bien generales. En todo caso, remito a mi libro *El nacimiento del capitalismo en Europa*, Eunote, Pamplona, 2011, para encontrar un desarrollo algo mayor de alguna de las ideas aquí expuestas, así como referencias bibliográficas.



Dinero y poder político

En todo caso, el dinero-moneda es más que todo eso, tiene otras características que son necesarias para que lo anterior pueda realizarse:

- La moneda tiene la cara del rey, lo que supone el apoyo de la autoridad. La autoridad es necesaria para que haya dinero, y ésta se hace responsable de él, es su garantía.
- Por lo tanto, dinero es también ley, orden, poder político.

Dado que la autoridad gobierna en un territorio, el dinero se identifica con un espacio donde su curso es legal y donde encuentra el respaldo político antes mencionado. En términos generales, hablamos de un Estado que tiene una moneda única, la cual es, a su vez, signo de la unidad política y parte de su fuerza.

En cuanto la moneda se intercambia también con otras monedas no solo tiene relación con una norma y una regulación, sino también con otras normas y regulaciones, es decir, con todo lo que las relaciones internacionales llevan consigo. La moneda que rige una autoridad y está vigente en un espacio político y económico es, de alguna manera, figura de la economía total de ese espacio, y por extensión, de la sociedad, y desde esa posición es desde la que se intercambia con otras monedas que tienen un significado similar. A lo largo de la historia, la moneda, en tanto representación física del dinero, ha acompañado el desarrollo económico de todos los espacios políticos, así como todos los intercambios internacionales. La moneda es una de las formas en que la economía se hace presente en todas las actividades sociales.



Una progresiva globalización

Si el dinero, por un lado, permite obtener lo que no se tiene, comprarlo en otro lugar, y por otro –como consecuencia– incide en las relaciones internacionales, podemos decir que con el dinero se ganan espacios. Históricamente, con el uso del dinero se inicia la globalización. La tendencia a la expansión va inserta en la naturaleza del dinero: el dinero permite salir de los límites físicos y materiales de un espacio económico, pues permite aspirar a otro tipo de bienes que existen en diferentes espacios económicos. La tendencia a la globalización no es nueva, sino que es inherente al uso del dinero, desde muy antiguo, por esa capacidad de expansión que la moneda da a la vida económica.

También es cierto que esa tendencia globalizadora ha ido a veces acompañada de otra tendencia similar: la de servirse de una sola moneda, del origen que sea, pero aceptada con valor universal. De la misma manera que hoy se acepta, por ejemplo, el dólar, en otros siglos se aceptaron otras monedas. Es significativa, en ese mismo sentido, la historia de las monedas españolas de los siglos XVI al XVIII: acuñadas con metal precioso de la América española, gastadas en Europa e intercambiadas, finalmente, por productos asiáticos, por comerciantes europeos, de manera que cantidades de estas monedas han sido descubiertas en China o en India. También en la Edad Media había habido monedas que dominaron las transacciones de todo el mundo mediterráneo, por ejemplo, desde Bizancio a Champagne. La moneda única es una de las maneras en que la economía contribuye a unificar espacios y sociedades; también es signo del mayor poder de unas sociedades sobre otras.



Tiempo y crédito. Intereses

Si nos referimos al espacio físico vemos que, cuando el dinero gana distancias, está jugando con el tiempo, porque el espacio necesita ser recorrido y eso implica tiempo. En este caso hablamos del tiempo que tarda en realizarse el conjunto de la operación mercantil, desde que se envía una mercancía, por ejemplo, hasta que se recibe su pago en metálico, o incluso en otro producto dinerario.

Ese tiempo en economía es crédito: en el caso aludido, la mercancía sale hacia su comprador sin que el vendedor haya recibido nada aún. Eso quiere decir que el vendedor está dando crédito al comprador. Por supuesto que el crédito adquirirá formas más complejas, pero esta es la primera: la confianza en enviar una mercancía que se pagará más tarde. Desde este punto de vista, el dinero no es solo moneda, sino crédito, tiempo. En este caso, el tiempo del que estamos hablando es trabajo: alguien ha estado trabajando para otro sin haber recibido aún su beneficio en moneda.

Esta es la justificación básica de los intereses. Si el comerciante, de cuya mercancía estamos hablando, se la hubiera vendido a alguien vecino, podría haber cobrado inmediatamente, pero si se la envía a otro lejano, tardará en cobrar. En ese sentido, puede cobrarle *más* dinero (intereses), porque durante un tiempo dicho comerciante prescindirá de la disponibilidad de su dinero. Lo mismo podríamos decir si se tratara de un préstamo. En la medida en que el prestamista no puede disponer de su dinero, porque se lo ha dado a un tercero, puede cobrar intereses, ya que el otro se estará beneficiando y negociando con su dinero.

Interés y moral. Dinero del comercio, dinero del pobre

Los intereses así vistos siempre fueron permitidos por la moral en todos los sistemas religiosos. Lo que ninguna moral



permite es cobrar intereses por la ayuda al pobre. La tradición de la prohibición del cobro de interés no está unida al comercio, sino a los préstamos a los pobres, por ejemplo, los que pedían los campesinos que en las antiguas economías agrarias necesitaban tales préstamos para poder comprar grano que les permitiera sembrar la siguiente cosecha. El préstamo al pobre debía hacerse sin cobro de interés, porque se trataba de una necesidad. Esta es una realidad que hay que tener en cuenta cuando se habla de la usura y de sus figuras históricas: en la usura se entiende que se presta dinero al pobre, que lo usa para vivir, no para negociar y ganar con ese préstamo; por lo tanto, aquí el interés no es compensación por la ganancia del otro, sino que es dinero del pobre, por eso se prohíbe el préstamo usurario.

En cambio, el interés dentro de la práctica mercantil es solamente cambiar un dinero por otro: no se le quita nada a nadie. En los lugares en los que se desarrolló el comercio, en sociedades ya más desarrolladas, como Grecia o Roma, y luego en la Europa cristiana medieval, el cobro de intereses se liberó –aunque la fórmula de expresarlo fuera negativa²–,

² Prácticamente hasta el siglo XVIII se decía que “todo préstamo es usurario... salvo”. En esa salvedad, que en el caso del cristianismo se remonta a los primeros siglos, y que luego desarrollarían los primeros escolásticos, se incluían todos los casos en los que el préstamo mercantil era lícito. En cuanto a la expresión, se trata de las tradicionales formulaciones morales que, como en el caso de los mandamientos, se hacían en negativo, para resaltar, al menos, los límites infranqueables; pero esa formulación en negativo no excluye la necesaria formulación en positivo, es decir, no se trata solamente de “no” hacer algo grave, sino también de “no” hacer otras cosas de menor gravedad, que no se mencionan; e igualmente, de “hacer” otras cosas positivas, que tampoco se mencionan en la fórmula, pero sí en su desarrollo.



si bien se procuró que sus porcentajes fueran bajos. Nada extraño. Hoy sabemos que cuando el dinero está barato la economía funciona mejor porque muchos pueden pedir créditos con menores riesgos; pues bien, eso ya se había descubierto hace mucho, simplemente a través de un razonamiento moral.

Dinero llama a dinero o cambia un dinero por otro

Ahora bien, si se pueden cobrar intereses, ¿se puede decir que, de alguna manera, el dinero crea dinero? En cierto modo sí, pero, en todo caso, ojo, porque el interés es el pago de la demora, como hemos dicho: cuando no se ha tenido el dinero para usarlo, por haber esperado al cobro o por haber concedido crédito. Entonces, visto así, el interés no significa que el dinero cree dinero, sino más bien que cambia un dinero por otro: cambia el dinero que el acreedor habría podido ganar usándolo directamente, por lo que realmente ha ganado quien ha recibido el crédito con su dinero. Otro ha trabajado, ha ganado dinero y parte de ese dinero lo devuelve a quien le prestó. Por lo tanto, el interés es, esencialmente, la compensación al acreedor.

El interés supone cambiar de mano el dinero, o bien, es posible cambiar de mano el dinero –y dinamizar así la economía–, si hay interés. De ahí que los intereses deban ser proporcionados a lo que se puede ganar con el trabajo, porque si son excesivos, en vez de agilizar la economía lo que están haciendo es inclinarla hacia el lado del prestamista. Estas cosas han ocurrido en la economía de mercado sobre todo a partir del siglo XIX, de ahí el progresivo protagonismo de lo financiero que ha acabado explotando a finales del



siglo XX y que es un elemento constitutivo de la crisis de 2007.

En realidad, lo que crea dinero es el trabajo; es decir, el trabajo crea situaciones en las que es preciso disponer de más dinero, lo cual acaba llevando a la autoridad correspondiente a acuñar más moneda. Por supuesto, la creación de nueva moneda tiene que ser proporcionada a las oportunidades que se van creando y al valor económico de las mismas. Cuando se crea dinero –se acuña moneda, por ejemplo, o se emiten vales, o bonos–, sin que haya proporción con la vida económica, sino, según muchos ejemplos históricos, para proporcionar más dinero al gobernante, lo que se hace es degradar la economía, una degradación que toma forma de inflación y de minusvaloración de la moneda por su abundancia artificiosa.

Otro modo en que el dinero puede crear dinero es a través de la inversión. La historia y la experiencia demuestran que para ganar hay que invertir, por más que la ganancia no esté asegurada, ya que no toda operación sale necesariamente bien. El resultado, cuando es bueno, es que se gana más de lo que se invierte, luego podemos decir que el dinero crea dinero. Pero lo hace a través de un proceso en el que entran otros muchos factores, fundamentalmente trabajo y también recursos materiales, así como las nuevas acuñaciones antes mencionadas. Si no mediaran esas realidades, el dinero no sería capaz de crear más dinero. El ejemplo contrario es el del atesoramiento, que no tiene más proceso que el acaparamiento, normalmente de origen extraeconómico (herencia, lotería, pillaje..). Luego se gasta sin previa inversión. El tesoro puede servir para pagar, pero se agota.



Cuando la prioridad es solo el pago, pagar con lo que se tiene, y no la producción, la economía no tiene futuro.

Manipulaciones de ayer...

Una importante realidad histórica en relación con el valor físico, intrínseco, de la moneda es el de su manipulación fraudulenta a través de procesos que implican su degradación o el abuso de su acuñación. La degradación de su cantidad metálica respecto a su valor facial se podía producir a través de resellos (fundir y reacuñar con el mismo valor facial y menor cantidad metálica), cortar una parte (cercén), limar, etc.; por otra parte, existieron también fenómenos de emisión masiva de moneda barata, un hecho que la devalúa en sí misma y que hace huir a la buena, como diría Gresham. Estas prácticas fueron prohibidas por los moralistas ya desde la Edad Media, no obstante, fueron "moneda corriente" durante, por ejemplo, los problemas económicos castellanos en el siglo XVII.

No hay que olvidar que, si la defraudación era fácil de ver en el caso de las monedas metálicas, no deja por ello de existir en el caso del dinero actual, que vale menos a causa de las manipulaciones políticas –o financieras– de las autoridades.

El dinero de papel

El dinero no es solo moneda; también, para poder crecer, acabó siendo de papel. Se presenta este en forma de diferentes instrumentos: letras de cambio, pagarés, billetes, cheques, etc. Su mecanismo de formación es diferente, dada su naturaleza física, y su uso también varía, sobre todo porque esos instrumentos suelen ser particularmente aptos para



distintas operaciones de crédito, pero el significado es el mismo, pues se trata de dinero: a la vista o con diferentes modalidades de crédito. Respecto a la moneda, el papel tiene la ventaja de su flexibilidad, de la baratura de su fabricación; en cambio, tiene varias desventajas. La fundamental es que, como se trata de algo que en sí mismo no tiene valor –frente a las monedas antiguas que sí valían por su propio peso–, el papel exige mucha mayor confianza, no solo en quien paga y es pagado con papel, sino en todo el sistema que soporta el valor de ese papel: confianza en la autoridad que legitima y apoya, y en la economía en general.

Hasta hace poco, el papel necesitaba de apoyos metálicos, las famosas reservas de los bancos centrales. Era el reconocimiento de que el papel en sí mismo no constituía más que una moneda fiduciaria, en la que se depositaba la fe de quien lo usaba, porque en sí mismo no valía. Ahora el asunto de las reservas ha cambiado, cuestión que no deja de plantear interrogantes sobre el verdadero valor del dinero en cuanto representación de la economía.

En todo caso, el papel y cualquier otro instrumento no metálico –la tarjeta de crédito, por ejemplo–, dependen de que detrás haya una realidad económica sana. Hasta hace poco esa confianza se depositaba en los Estados. Con la nueva globalización, el peso de las finanzas y las posibilidades técnicas de uso inmediato de mucho dinero en cualquier lugar del mundo, la confianza se apoya en otras consideraciones mucho más complicadas, que no se sabe bien cuáles son. Esa indefinición es también otro de los factores de la crisis de 2007.



Dinero, capital, capitalismo

Durante mucho tiempo el dinero-moneda se ha identificado con el capital; al menos era la forma más clara y directa de capital, por más que luego se diera ese nombre a otro tipo de activos (tierra, edificios, máquinas..). Por eso el término capitalismo inicialmente indica una economía en la que se usa esa forma de capital, es decir, el dinero-moneda. Así pues, en algún momento se pasó de una economía sin dinero a otra con dinero. La diferencia es que sin dinero, o con muy poco dinero, el mercado –que también existe–, es pequeño y controlable por el orden político y moral; mientras que con dinero se asiste a la expansión y, por lo tanto, a la dificultad de controlar eso políticamente, lo que lleva a que el orden lo garantice cada vez más el propio mercado, identificado ahora como mercado de dinero, y que la política tenga cada vez menos posibilidades, porque la acción económica se escapa de los ámbitos territoriales de dominio.

Históricamente esto es un hecho. Si observamos la civilización en la que el ciclo se ha cumplido, que es la de la cristiandad occidental, hay un momento, a lo largo de la Edad Media, en el que se va pasando de una economía que vivía prácticamente sin dinero, con unas reglas de juego –respecto al reparto de las rentas– más políticas que económicas, a una economía con dinero. Poco a poco el uso del dinero se fue ampliando y las reglas políticas tuvieron que tener en cuenta cada vez más las reglas económicas del mercado. Esto es un hecho en los últimos siglos medievales, XIII al XV, que para los historiadores son los siglos del nacimiento del capitalismo entendido como forma económica que usa dinero. Eso no quiere decir que *todo* fuera capitalista, ni mucho



menos, pero sí que había una economía capitalista suficientemente desarrollada y muchas actividades socialmente importantes que no se podían realizar sin dinero.

El dinero no solo se va imponiendo a la política, o se hace absolutamente necesario para ella, sino que se impone también a la moral. La moral puede ser amparada cuando la política la acepta, pero cuando la misma política se apoya sobre todo en el dinero, la moral empieza a pasar a segundo plano. No es necesariamente solo una cuestión de principios, sino también una cuestión de agentes. Me explico. En el giro histórico que se produce a lo largo de la Época Moderna, los agentes del dinero, los comerciantes o burgueses, no estaban sujetos del mismo modo a las tradiciones morales de los antiguos terratenientes, los nobles, sino que tenían otra manera de funcionar, de ahí que el desarrollo de la economía monetaria plantease una cierta confrontación con la norma moral vigente (entendida ésta como norma impuesta socialmente por las antiguas élites sociales y políticas, al margen de la adecuación, o no, a principios morales objetivos).

Desde la perspectiva de la historia europea hay varios factores que coincidieron en esa línea en torno a finales del siglo XV, comienzos del XVI: fortalecimiento del poder de los reyes y nacimiento de los Estados Modernos; descubrimientos geográficos, crecimiento demográfico y económico. Los reyes, con más poder, tienden a controlar más espacios interiores, por encima de los nobles, y exteriores –las colonias–, con la fuerza de la nueva economía mercantil. Eso llevó a las guerras coloniales. Las guerras, que en Europa habían sido sobre todo dinásticas, se convirtieron en guerras coloniales y económicas a lo largo de los siglos siguientes (XVII-XVIII), a



la vez que el mundo colonial producía también riquezas mercantiles, y particularmente monetarias, a través de los metales preciosos.

Se puede decir que, directa o indirectamente, el dinero provocó las guerras de la Modernidad, pero también que el metal precioso, convertido en moneda, fue factor clave para el desarrollo de la economía mundial: sin dinero no se habría podido hacer.

Economía de mercado y capitalismo

Para intentar aclarar un concepto polivalente como el de capitalismo me parece interesante recordar la distinción que hacía F. Braudel entre economía de mercado y capitalismo.

Para él, la economía de mercado era un fenómeno bastante natural, surgido de las necesidades sociales, que mostraba cómo los hombres habían ido tejiendo relaciones económicas centradas en torno al mercado como institución: un conjunto de normas legales, económicas, territoriales, etc., que rigen las transacciones. Esos mercados suelen ser cercanos, regionales, pero a veces también pueden ser lejanos, internacionales; en todo caso, se caracterizan, fundamentalmente, porque a través de esas normas se actúa dentro de una realidad conocida: se conocen los agentes, las mercancías, su geografía, los precios posibles según las circunstancias. Todo entra, dentro de un orden, en el margen de lo previsible. Cambia a largo plazo, pero a un ritmo relativamente lento. De este modo, la institucionalización económica se fue convirtiendo en una base de la vida social y política.

El capitalismo, en cambio, juega en los márgenes, juega con lo desconocido, bien porque se va a regiones lejanas –de



ahí la importancia del mundo colonial, cuyos mercados, de carácter capitalista, son difíciles de conocer-, bien porque, aun dentro de zonas conocidas, se salta las normas: el gran comerciante que, en vez de ir a comprar el grano al mercado local, va directamente al campesino y pacta con él, está rompiendo las normas de funcionamiento y creando unas relaciones informales, sin reglas, que pueden dar lugar a desequilibrios y abusos.

A medida que pasó el tiempo, las relaciones entre dinero, política y sociedad se fueron haciendo más complejas, y el capitalismo no solo incluyó el uso del dinero, sino que exigió libertad económica. Luego vendría también la necesidad de otras libertades, sobre todo la libertad política (regímenes constitucionales) y social. En esta historia, ya contemporánea, el dinero ha ido abandonando más y más las normas morales, también porque la ideología contemporánea ha interpretado la libertad, necesaria para el uso expansivo del dinero, como una libertad sin reglas morales, dejada solamente a la suerte de los mercados, entendidos éstos como la confluencia de intereses puramente individualistas y pragmáticos. En el mundo contemporáneo el dinero ya no sirve a una sociedad conocida, sino a intereses particularistas, bien de personas, bien de empresas o países.

Para terminar, lo que importa señalar es cómo la historia del dinero –su uso– está unida a la realidad social a través de elementos que siempre han estado teñidos de contenido moral. Las causas de una manera de usar el dinero han tenido también unas consecuencias, y todo ello ha producido una determinada evolución en la que, finalmente, el dinero se considera libre de toda atadura que no sea estrictamente económica.



Pero el dinero no es inocuo. Tampoco su influencia se limita al campo de lo estrictamente económico, porque no va nunca por libre. El dinero necesita una norma, una garantía, un apoyo que vaya más allá de lo económico. La libertad total de su uso, entendiendo libertad como puro individualismo, genera desorden e injusticia. Al final, el dinero –sin perder ninguno de sus significados profundos– no es sino una herramienta; pues bien, las herramientas sirven *para* algo, es decir, tienen una finalidad, y son usadas por un agente que *sabe* lo que tiene entre manos. Sin finalidad y sin conocimiento, el dinero se convierte en una grave amenaza.

Agustín González Enciso
Universidad de Navarra

Nebraska, un tratado de inteligencia emocional

Hay películas profundamente humanas que resultan muy pedagógicas para la gestión, tanto de nuestros colaboradores como de nuestra actitud hacia ellos. Sin duda, ésta de Alexander Payne es una de las que, en su sabia sobriedad, nos demuestra que el talento no precisa de mucho presupuesto. *Nebraska* (2013) es un tratado de higiene mental y emocional perfectamente trasladable a nuestros puestos y puntos de trabajo. A través del viaje que emprenden un padre y un hijo, esta película –a la que los críticos califican de “comedia dramática”– muestra la importancia de la comunicación personal.

